"Agnes et Jacques", por Xulio Formoso.

Aprender a leer

Desarthe cuenta su experiencia desde el rechazo a los libros a la pasión por la lectura

Francisco R. Pastoriza

La novelista francesa Agnès Desarthe narra en unas páginas memorables ("Cómo aprendí a leer". Ed. Periférica) el proceso de su adicción a la lectura después de muchos años de abominar de los libros "serios" que recomendaban todos los profesores, desde los primeros cursos de educación infantil a los años de universidad. El amor por la lectura se produjo cuando Desarthe (París, 1966), hija padres judíos procedentes de El Líbano y Rusia, descubrió los vínculos que unen la lectura con el exilio, con la deportación, con la humillación social; cuando identificó la palabra judío con la palabra libro: "Me sentía diferente, minoritaria, en peligro permanente y los libros me parecían tan llenos de consenso, de convenciones; tan saturados de la historia de Francia, de paisajes y de costumbres francesas y cristianas, que sólo podía sentirme rechazada".

Agnes Desarthe esperó durante mucho tiempo que los libros contuvieran algo fuera de lo cotidiano y por eso, antes de leer a los autores que todo el mundo leía a su edad, comenzó a escribir aquello que le gustaría encontrar en los libros. De joven era una de esas personas que no se llevaba libros en las vacaciones ni leía en el autobús. Llegó, pues, a la edad adulta, virgen de Balzac, de Zola, de Stendhal, de Flaubert. Tampoco le interesaba Proust. Antes de recalar en los clásicos, Desarthe recorrió la novela negra (de Carter Brown a Chester Himes, de Raymond Chandler a Dashiell Hammett) cuyo atractivo residía en la facultad de mantener el suspense y porque era una literatura que se lee sin darse cuenta de que se lee, un poco a escondidas de uno mismo. De la novela negra le atraía sobre todo la lengua, una lengua que no era del todo el francés. Era un idioma mestizo, inventado por traductores enamorados del texto original, y eso le proporcionaba una infinita tranquilidad.

El primer aldabonazo le llegó de la mano de Jacques Prévert, un autor considerado como secundario, con el que se siente identificada: "Todo lo que dice lo pienso yo también. Todo lo que yo pienso lo escribe él". Las obras de Prévert le llevaron a Rimbaud, Apollinaire, Baudelaire y Racine, donde descubrió un universo deslumbrante. Regresó a Marguerite Duras, a quien había leído cuando niña por recomendación de su padre, y se dio de bruces con Camus. Revisó "Madame Bovary", cuya lectura no había soportado unos años antes. "El guardián entre el centeno" de J.D. Salinger y "El ruido y la furia" de William Faulkner fueron dos fogonazos que le derribaron del caballo saulista.

Cómo aprendí a leer
AGNÈS DESARTHE
Periférica

En los autores rusos del XIX encontró un pasado abolido, una especie de vida ya vivida. Y en los ensayos sobre crítica literaria de Mijail Bajtin descubrió una nueva manera de enfrentarse a la literatura. Sobre todo con la pregunta que el autor ruso plantea en sus obras: "¿Desde dónde se escribe?". La respuesta la encontró en la literatura de Isaac Bashevis Singer: "A partir del descubrimiento de Singer puedo leerlo todo. Ha saltado un cerrojo, ha cedido la última reticencia… Me transformo. Me convierto en lectora compulsiva, ya no conozco ni fronteras temporales ni fronteras geográficas".

Con el tiempo, Agnès Desarthe se dedicó a escribir novelas (en España se han publicado "Un secreto sin importancia" y "Cinco fotos de mi mujer") y también a traducir a autoras como Virginia Woolf y Cynthia Ozick, una experiencia que le llevó a sentir el lenguaje como parte inseparable de la vida, de la memoria y de la inteligencia.

El de Desarthe es un proceso ejemplar de un recorrido desde el rechazo al más profundo amor por los libros: "Ahora que leer se ha convertido en mi ocupación principal, mi obsesión, mi mayor placer, mi recurso más fiable, sé que el oficio que he escogido, el oficio de escribir, ha servido y sirve sólo a una causa: acceder por fin a la lectura", dice en un bello párrafo con el que concluye su relato autobiográfico.

La lección es evidente: no existen personas que no leen sino personas que aún no han encontrado el camino que conduce al increíble jardín secreto que es la lectura.

El canto de la jirafa

Tino Pertierra

A Alvaro del Olmo no le van las medias tintas. Y así debe ser cuando uno ha nacido en el emblemático 1982 y en su curriculum figuran como principales ocupaciones las de jugador de ajedrez y pianista. Dos talentos que vienen muy bien cuando se trata de escribir: mover las piezas con reflexión, darle a las palabras un sentido musical que las proteja del ruido innecesario. Así que su primera novela, *Hombre sobre una escultura*, en la imaginativa editorial Rayo verde, impone unas reglas de obligado cumplimiento: una estructura férrea, unos personajes convincentes y originales, y un estilo muy personal.

En sus manos, un grupo de amigos de profesiones aparentemente distantes, aunque en el fondo todas tengan un fondo común de simulación. Un fotógrafo, una actriz y el crupier de un casino como acompañantes del protagonista: Hércules Degard, con nombre de héroe antiguo ("sí, de detective"), un tipo singular empeñado en el mundo meterse en camisas de once varas cosido a los misterios del arte.

Teniendo en cuenta que el autor se divertía de niño creando revistas caseras sobre misterios del universo que él mismo se inventaba no es extraño que su primera novela sea una apuesta convencida y convincente por la fabulación en estado puro. Imaginación al poder. Y como Del Olmo parece un firme defensor de las historias que se bifurcan, también incorpora elementos de novela negra y fantástica.

La novela arranca con un juego. De azar, para los que creen en la suerte. A partir de ahí, Del Olmo impone su ley: una narración desarrollada con un estilo austero y preciso de frases cortas, tajantes a veces, con diálogos incrustados de forma concisa y descripciones con buena puntería que ahorran detalles innecesarios. Impresionismo: el arte de contar mucho sin enrollarse. Luego pasamos a otra escena aclaratoria: un espectáculo va a empezar. Se alza el telón. Del Olmo es directo y sinuoso a la vez. Si fuera una película, sería una mezcla de Kubrick y Antonioni con diálogos de Wilder. Le gusta repetir palabras, unirlas en una cadencia musical que hace las veces de estribillo narrativo. ("Caminamos. Caminamos separados. Caminamos. Frío. Caminamos. La miro".

Hombre sobre una escultura
ÁLVARO DEL OLMO ALONSO
Rayo Verde

En sus escenarios cartografiados por la fantasía se entrecruzan referencias de todo tipo: cine (Bogart mira a Bacall, Travolta y Uma bailan), música, comics y literatura. También hay latigazos al mundo corriente y durmiente. Decía Wilde que la música es el más perfecto modelo de arte porque no puede revelar nunca su último secreto. Del Olmo también cree en las propiedades de la literatura como guardián de secretos, o como caja mágica con doble fondo. De ahí su decidida voluntad por pillar desprevenido al lector y que no sepa cuál es la próxima jugada.

Hay algo de surrealismo flexible en ese esfuerzo: cambiarlo todo de sitio para descubrir verdades escondidas. Los ecos ensoñadores de Scherezade cruzan este paisaje de gente solitaria y cicatrices invisibles, la vida tiene mucho de circo y el desvarío es una forma como otra cualquiera de interpretar el arte en una selva donde las jirafas cantan balidos y se acepta todo tipo de apuestas. Incluso a caballo perdedor.